



Entre alpargatas y libros. La bibliodiversidad y el acceso a la lectura

Giuliana Pates

Resumen: A propósito de la decisión del Gobierno Nacional de abrir indiscriminadamente las importaciones de libros, este texto reflexiona acerca de las formas en que afecta la tarea de las pequeñas y medianas editoriales, gráficas y librerías, al mismo tiempo que favorece la concentración de las empresas transnacionales que controlan el rubro. Asimismo, se reconstruyen las políticas culturales y económicas que, durante la última década, se desplegaron para fomentar el acceso democrático a la lectura y a los bienes culturales.

Palabras clave: lectura – circulación – bienes culturales – editoriales – inclusión.

En medio del calor de enero, los flamantes ministros nacionales de Cultura, Pablo Avelluto, y de Producción, Francisco Cabrera, anunciaron “el fin de las restricciones” a la importación de libros impresos en el exterior, es decir, dejaron sin efecto la resolución 453/10 que establecía un régimen de certificación obligatoria para todos los libros importados desde 2012. Lo que se buscaba entonces era proteger la industria local de pequeñas y medianas editoriales y gráficas más que, como se argumentó, “restringir” la libre circulación de libros. Para afirmar esto, hay que tener en cuenta que los libros importados no dejaron de entrar al país. De hecho, las editoriales multinacionales firmaron un convenio con la Secretaría de Comercio Interior para poder importar libros a cambio de que también exporten, y basta con ver la lista de los bestsellers para comprobar que son las que más venden.

Al abrirse las importaciones, lo que se produce es una desregulación del mercado editorial en nombre de la “bibliodiversidad”. Tal como mencionaron los ministros al presentar la



resolución 1/2016, publicada en el Boletín Oficial el 5 de enero último, “el levantamiento de la restricción ofrecerá recursos y modernizará la industria local de manera que puedan ofrecer un servicio competitivo en su precio y en su contenido”. ¿Cómo pueden las editoriales independientes “competir” con compañías multinacionales como Emecé/Planeta y Penguin Random House (que contiene, entre otros, los sellos Aguilar, Alfaguara, Debolsillo, Grijalbo, Sudamericana) que controlan los dos tercios de libros que se venden en América Latina? ¿Cómo pueden las librerías locales “competir” con la concentración de la circulación de libros que tienen El Ateneo/Yenny (del Grupo Ilhsa) y Cúspide (del Grupo Clarín) en nuestro país? Son estas empresas editoriales y librerías las que tienen la capacidad de establecer las condiciones de adquisición y visibilización de la mayoría de los libros que se venden en la actualidad. No es menor tener en cuenta la cantidad de libros que estas multinacionales publican y envían a las librerías. Allí se exhiben en las vidrieras, mesas (divididas por género o inclusive por editorial) y son recomendadas por las propias librerías en sus páginas web. ¿Cómo pueden “competir”, entonces, *Panambí* de Washington Cucurto editado por una cooperativa cartonera (Eloísa Cartonera), *Diario de Walden. Notas en la laguna* de Henry David Thoreau traducido y editado por una editorial artesanal que hace tiradas de cincuenta ejemplares (Barba de abejas) o *Escrito en el aire* de Rafael Alberti y León Ferrari (La marca editora) con *Trilogía del perdón* de Florencia Bonelli que vende doscientos cuarenta mil ejemplares, en promedio, de cada uno de sus libros (Suma de Letras – Penguin Ramdon House), *Cincuenta sombras de Grey* de E. L. James que vendió cuarenta millones de ejemplares en todo el mundo (Grijalbo - Penguin Ramdon House), *El Final* de Luis Majul (Planeta) o los excedentes de stock de las editoriales españolas que podrían entrar libremente como sucedió en la década de 1990? No hay en esta división una valoración acerca de la “calidad” de este conjunto de narrativas, sino que las distingo por sus condiciones de producción y de circulación. Esta aclaración responde a algunos debates presentes en el campo literario en torno a unas literaturas que son consideradas menores, de mala calidad, que no se corresponden con un capital cultural valioso de ser reconocido por determinadas instituciones, frente a otras que forman parte del canon literario y cuentan con un vasto reconocimiento artístico y cultural que les im-

Entre alpargatas y libros.
La biodiversidad y el acceso a la lectura



primiría mayor prestigio. En esta encrucijada, por ejemplo, las novelas eróticas o los libros de autoayuda son dos géneros que han crecido en cantidad de lectores/as estos últimos años, pero no cuentan con reconocimiento dentro del campo literario. Son, a su vez, géneros publicados por editoriales multinacionales que se producen de acuerdo con fórmulas estandarizadas para convertirse en bestsellers (Illouz, 2014). En este sentido, son literaturas populares y, muchas veces, femeninas no legitimadas, que no alcanzan a ser consideradas intelectuales o artísticas. Mientras que otras literaturas “de culto”, que circulan en la intelectualidad universitaria y podrían estar representadas por las obras publicadas por editoriales independientes, que conciben al libro como objeto y no como mercancía, otorgarían cierta distinción en el consumo cultural. Como afirma Valería Sorín, “éxito de ventas y legitimación en el campo cultural no suelen ir juntos. Ocurre que aquellas obras que legitima el mercado se deslegitiman casi inmediatamente para la academia, para la prensa especializada y para el público culto” (2013: 47).

En una nota que publicó el diario La Nación el 8 de enero de 2016, escrita por Maximiliano Tomas, titulada “La guerra de los libros”, el autor sostiene que, a partir de la apertura de las importaciones de libros, el lector “no modificará sus hábitos de lectura y sus gustos literarios. No es verdad que los sellos independientes peleen por seducir a un lector de perfil similar al de las multinacionales. Para decirlo un poco brutalmente, es algo complicado imaginar a alguien que mientras lee a Florencia Bonelli y a John Katzenbach interfiere su ligero divertimento con novelas de Valerio Magrelli o Marcelo Cohen”. De este modo, minimiza el efecto que podría llegar a tener esta medida a la vez que construye un modelo de lector/a de acuerdo a la dicotomía entre literatura “ligera” y “divertida”, y literatura “seria” con cierto valor artístico.

Puede ser que las editoriales independientes, artesanales, cartoneras no “compitan” con las empresas multinacionales concentradas para “seducir” lectores/as porque, de acuerdo a lo planteado, responden a perfiles, gustos y modelos de consumo diferentes. Pero también puede ser que no “compitan” porque no puedan hacerlo en igualdad de condiciones. Los grandes grupos editoriales forman sus catálogos a partir de numerosos títulos y grandes tiradas que, en la medida en que los costos de producción sean elevados, buscarán bajarlos mediante la



impresión en países cuyos precios están por debajo del dólar. Esta situación afecta directamente a las editoriales y gráficas argentinas, sobre todo después de la devaluación del 60% y el aumento de tarifas del transporte y la electricidad que se produjeron en los últimos meses, en tanto los costos de producción crecen exponencialmente.

Alejandro Dujovne, investigador de CONICET, advierte en la nota “Un libro con muchas preguntas”, publicada en Página/12 el 8 de enero, que:

en un mercado editorial como el argentino, donde la concentración en un número muy acotado de empresas transnacionales ha ido en aumento, la eliminación de toda barrera a la importación tiende a fortalecer a las empresas que tienen una posición dominante en el mercado. Y, de forma correlativa, pone en desventaja a la mayor parte de los sellos, pequeños y medianos, y por lo tanto, pone en riesgo la diversidad de la producción editorial local [...] que orientada a libros de fondo, literatura de “calidad”, de rotación lenta, que produce tiradas limitadas, tiende a optar por la impresión en el país.

Concluye que “si desaparecen o producen menos las pequeñas y medianas editoriales, las librerías independientes ven desaparecer aquello que las hace distintas, atractivas a lectores más sofisticados, que priorizan la variedad”. En este argumento, se ubica a las editoriales y librerías independientes en una condición de “desventaja” al mismo tiempo que se les otorga un valor por trabajar con literatura “de calidad”, variada y para lectores/as “sofisticados/as”. En ambos lados del debate, los/as que están a favor de la apertura de las importaciones como los/as que están en contra, construyen unos sentidos en torno a la literatura y a los/as lectores/as de acuerdo a la posición que ocupan y las relaciones que establecen con el mercado del libro.

Circulación y acceso democrático a los bienes culturales

Llegado a este punto, es necesario dar cuenta de que la producción nacional de libros se reactivó en los últimos años a partir de la orientación hacia el mercado interno de este rubro y se logró, inclusive, recuperar sellos que debieron cerrar en la crisis de 2001. En este marco, se jerarquizó el trabajo de escritores/as, editores/as, correctores/as, traductores/es, dise-



ñadores/as, diagramadores/as, imprenteros/as, encuadernadores/as y librereros/as argentinos/as que se reincorporaron a editoriales, gráficas y librerías reactivadas, profesionalizadas o en las nuevas que se abrieron. En este sentido, se multiplicó la cantidad de pequeñas y medianas casas editoriales profesionalizadas que pasó de 350 en 2002 a 717 en 2014. Asimismo, mientras que en 1997 se produjeron 43 millones de ejemplares de 11.000 títulos y en 2002, 32 millones de ejemplares de 9.500 títulos, en 2014 se produjeron 130 millones de ejemplares de 28.000 títulos (AA.VV., 2015: s/n).

Sumado a esto, fueron varias las políticas culturales y económicas que se diseñaron e implementaron para fomentar el desarrollo de este sector. Son ejemplos de esto el Programa Sur a la traducción mediante el cual se tradujeron obras de escritores/as argentinos/as y se vendieron derechos a otros idiomas como italiano, francés, hebreo, inglés, portugués. También, se destacan las compras sostenidas de libros a editoriales argentinas por parte del Ministerio de Educación de la Nación y de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares (CONABIP) que distribuyeron gratuitamente 111 millones de ejemplares en escuelas y bibliotecas de todo el país (Moreno, García y Sardi, 2014). En esta línea, el Ministerio de Cultura de la Nación llevó a cabo la colección de narrativa “Leer es futuro” que reúne cuentos y novelas de escritores/as argentinos/as contemporáneos y están ilustrados por jóvenes dibujantes. Inclusive, la compra de libros nacionales entró en el Programa Ahora 12 que significó una oportunidad para ampliar el acceso a los libros y apoyar el circuito librero.

Estas políticas públicas incentivaron e incrementaron el acceso a la cultura. De acuerdo con la II Encuesta Nacional de Hábitos y Prácticas de Lectura realizada en 2011 por la entonces Secretaría de Cultura de la Nación, desde 2003 aumentó un 4% la cantidad de personas que hacen una lectura diaria y un 7% la lectura de libros, logrando que nueve de cada diez argentinos/as lea en algún formato impreso o digital. Entonces, es claro que hubo un proyecto para democratizar el acceso a la palabra y al consumo cultural, reconociendo a los sujetos como sujetos de derecho y al Estado como promotor de la industria nacional. Hubo una “democratización del bienestar” (Torre y Pastoriza, 2002) en la que la lectura fue una herramienta más para alcanzar la inclusión social. Que se liberalice y desregule el mercado del libro no genera más diversidad, sino que fo-



menta la concentración de las grandes empresas editoriales, de las que el ministro de cultura fue gerente por más de veinte años, y limita las posibilidades de un acceso democrático a la circulación de bienes culturales.

Bibliografía

- AA.VV. (2015). *A la industria editorial no le da lo mismo. Comunicado del sector editorial y librero: ante el próximo balotaje presidencial acompañamos la fórmula Scioli-Zannini*. [en línea] Consultado el 7 de marzo de 2016 en <http://industriaeditorialalerta.blogspot.com.ar/>
- Dujovne, A. (2016). “Un libro con muchas preguntas”. *Página/12*. [en línea] Consultado el 7 de marzo de 2016 en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/2-37685-2016-01-08.html>
- Illouz, E. (2014). *Erotismo de autoayuda. Cincuenta sombras de Grey y el nuevo orden romántico*. Buenos Aires: Katz.
- Leonardi, Y. (2015). “Teatro y políticas públicas durante el primer peronismo”. En González, C. (comp.) *Peronismo y Representación. Escrituras, imágenes y políticas del pueblo* (pp.159-179). Buenos Aires: Final Abierto.
- Margulis, M.; Urresti, M.; Lewin, H. y otros (2014). *Intervenir la cultura. Más allá de las políticas culturales*. Buenos Aires: Biblos.
- Moreno, H.; García, S. y Sardi, V. (2014). *Lectores, libros, lecturas: cambios en las prácticas y hábitos de lectura. Incluye los resultados de la Encuesta Nacional de Hábitos y Prácticas de Lectura 2011*. Buenos Aires: Secretaría de Cultura de la Nación. [en línea] Consultado el 7 de marzo de 2016 en: <https://issuu.com/secretariadecultura/docs/lectores-libros-lecturas>
- Sorín, Valeria (2013) “Aportes del campo editorial al universo lector”. En: VV.AA. *Basta de anécdotas. Bases para la sistematización de políticas públicas de promoción de la lectura* (pp. 45-48). Los polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento y Secretaría de Cultura de la Nación
- Tomas, M. (2016). “La guerra de los libros”. *La Nación*. [en línea] Consultado el 7 de marzo de 2016 en: <http://www.lanacion.com.ar/1860419-la-guerra-de-los-libros>